

El azote

Patricio Jara

Camello es el primero en verlo. Lo ve afirmado en la muralla en frente del bar como si intentara mantenerse en pie en medio de un tifón, como si quisiera conservar el equilibrio parado sobre un disco giratorio. Pero Camello no dice nada hasta estar seguro de que se trata de él. Por eso se queda unos pasos atrás, mientras adelante Tarántula y Grillo caminan discutiendo si es mejor tomar un taxi o seguir a pie. Son las dos de la mañana de un miércoles de agosto. La tarde anterior los tres llegaron temprano a la iglesia y han sido los últimos en irse. Querían pasar todo el tiempo que fuera posible sentados frente al cajón donde estaba Conejo. Conejo huevón, decían entre susurros cuando salieron a fumarse un cigarrillo afuera de la sala de velatorios. Cómo crestas se fue a quedar dormido manejando.

Tarántula y Grillo están por llegar a la esquina, pero Camello no se ha movido de la puerta del bar. Entraron poco antes de las diez de la noche y ahora, tal como en la iglesia, son los últimos en salir. Camello tiene la vista clavada en la vereda opuesta y ya no duda. El hombre que se tambalea al otro lado de la calzada es alguien a quien conoce pero no ha visto hace quince años, desde que salió del colegio y tomó una flauta por última vez. Pero Camello no quiere equivocarse. Más de una vez ha saludado y dicho al oído *hola, maricón* a tipos con los que después debió deshacerse en disculpas. Por eso prefiere dar seis pasos al frente hasta quedar en el medio de la calle. Desde allí fuerza la vista todo lo que le permiten las cuatro piscolas que lleva disueltas en las venas. Sí, es Ildefonso, el profesor de música.

Ninguno de los tres se lo ha topado desde que salieron del colegio. Ninguno volvió a verlo ni supieron de nadie que se lo hubiera

encontrado. El viejo simplemente desapareció. Por eso los tres se han quedado viéndolo. Tiene los pantalones meados hasta las rodillas.

Tarántula, que siempre tuvo inquietudes musicales y un talento en bruto, pero talento al fin, tiene recuerdos más buenos que malos de Ildefonso, como la vez que lo incorporó a la orquesta de navidad o cuando le prestaba para callado el bajo eléctrico del colegio para ensayar con su banda de rock. Pero Tarántula también sabe que lo suyo fue una excepción.

Camello recuerda las clases de solfeo. Ildefonso toma un puntero y llama uno a uno a los 40 alumnos. Frente al pizarrón hay un pentagrama musical hecho con tiza blanca sobre fondo negro. Camello debe seguir la varilla marcando las notas que corresponden a cada línea y decirlas en voz alta, pero el brazo de Ildefonso se mueve más rápido que los músculos de su lengua y cuando es *do*, Camello dice *fa*; cuando es *si*, dice *re*; cuando es *la*, lo correcto era *mi*. Todo ocurre en segundos y los ojos de Ildefonso se desorbitan de rabia y lo manda a su asiento con una mueca de desprecio. Camello, que estudió hasta tarde, que hizo ejercicios con sus compañeros en la misma pizarra rato antes, se saca un 2,0. Pero él está en un colegio de hombres y los hombres no sólo no lloran, también, como les dicen, deben cultivar el espíritu y soportar este tipo de cosas porque la vida es dura. Un colegio donde si alguien llora, siempre habrá una mano dispuesta a darle un puñetazo por llorón.

Los días de clases con Ildefonso, el curso sube hasta el tercer piso. Allí está la calurosa sala de música, las cuarenta sillas y el roñoso piano sobre una tarima. A un costado, la pizarra de dos caras. Camello fue el de la idea. En el recreo tomó una tiza y dibujó una pichula gigantesca en el reverso de la pizarra. *Tócame esta flautita*, puso debajo.

Grillo recuerda el episodio, pero no le causa gracia. Las guerras de baba antes de cada clase, tampoco. No lo olvida. Todos sacuden sus flautas y los restos de saliva vuelan. Babas en el pelo, en los pantalones. El desorden es generalizado. Todos lanzan salivazos y gritan. Nadie advierte que Ildefonso lleva un minuto contemplando el caos en silencio, pero en particular se fija en lo que ocurre en la tarima, a un costado de su piano: Grillo persigue a Tarántula por un chorro que éste

le tiró en la mejilla, pero desde lejos Tarántula es la víctima y Grillo es el culpable. Por eso Grillo permanecerá todo el resto de la clase de pie frente a sus compañeros. Ildefonso dirá que es la vedette del curso (en ese tiempo todos entienden que vedette es igual a puta); le preguntará por qué es tan negro y tan cabezón, que de dónde ha sacado un cráneo tan grande para sus once años, que debe echarse una pomada para achicar sus orejas de paila; después le mirará los pies antes de decirle que si acaso vive en una cueva del cerro por sus zapatos llenos de tierra. Finalmente querrá saber cómo cretas llegó a tener un apellido como ése: Grillo.

Ildefonso llama adelante a Tarántula. Le pide que se desquite de su compañero, que no es de hombre eso de arrancar. Exige que le dé una patada en el culo. Ildefonso no dice culo, dice traste, pero la orden está dada. Tarántula sonríe temeroso e intenta negarse, el curso ha comenzado a golpear los pupitres como tambores en la jungla.

Camello y Tarántula ahora se ríen. Ahora. Pero Grillo no. Grillo ha comenzado a recordar en silencio algo terrible y de lo que no ha hablado con nadie: la vez en que su mamá visitó al profesor y le pidió una oportunidad para que su hijo subiera las notas. Ildefonso aceptó volver a tomarle al menos un control. Quedaron para un viernes en la tarde, cuando Ildefonso estuviera con los de primero medio. Grillo llega a la hora y se asoma en la puerta. Ildefonso detiene la clase y pide silencio: anuncia que escucharán a un concertista eximio. Grillo siente un peso en el estómago. Toque, le dice, pero él es incapaz de controlar el temblor de sus manos. ¡Toque, le digo! Pero Grillo no toca. No puede. Su flauta cae al piso y queda bajo la mesa del profesor. Entre las risotadas de los alumnos, Grillo la busca en cuatro patas, desesperado por salir de allí, pero en el momento en que se pone de pie, Ildefonso le susurra que, para la otra, su mamá venga con una faldita más corta. Grillo sale de la sala. Piensa que se va desmayar, que se va a morir ahí mismo.

A la clase siguiente, Ildefonso voltea su pizarra con bisagras y encuentra un nuevo mensaje, ahora escrito con un plumón grueso: *Ildefonso, te vamos a matar*. Ildefonso llama al inspector; el inspector llama

al director del colegio; el director llama a los carabineros, pero los carabineros no llegan, no están para eso.

En esta madrugada de piscolas y sorpresas Grillo tiene en su cabeza tres ideas: que el rencor es el sentimiento del esclavo; que las cuentas se cobran y se pagan sin importar los años, y, aunque no tenga la razón en lo anterior, está convencido de que éste es el momento para que Ildefonso pague.

Tarántula dice que el viejo no se puede defender.

Grillo contesta que en el colegio él tampoco se podía defender.

En los pocos minutos que los tres llevan frente a Ildefonso, éste no ha avanzado más de cinco pasos, como si necesitara mucha fuerza para seguir su camino. Tarántula propone ayudarlo a sentarse. Camello se niega. Objetivamente, el meado ajeno le da asco. Grillo, en cambio, prefiere acercarse un poco más y llamarlo por su apellido. El viejo mueve la cabeza sin abrir los ojos, como un chivo recién nacido.

Aquí, Ildefonso. Aquí, conchadetumadre. Grillo prende su encendedor. El viejo se acerca hacia la luz y se chamusca algunos cabellos de la frente. Tarántula no se atreve a decir nada, ni siquiera cuando Grillo comienza a recitar la escala musical y el viejo sonríe. No sabe que por cada nota Camello le ha lanzado un escupo en el pecho. Entonces Tarántula dice basta, pero no lo dice muy convencido; de hecho no se opone cuando después Grillo le saca el portadocumentos del bolsillo de la camisa y lo arroja entre unos arbustos cercanos. Ildefonso intenta reaccionar, pero todo lo que sigue es rápido: Grillo siente un peso en las piernas y una picazón en los brazos. Piensa en su mamá que nunca jamás usó faldas cortas, en su hijo de tres años y en su esposa azafata, que por su trabajo a veces sí viste faldas demasiado cortas. Eso pasa por su cabeza antes de darle una fuerte patada sobre su pie de apoyo. Ildefonso cae. El golpe se oye como un melón estrellándose en el asfalto, como un bidón con agua lanzado desde un segundo piso. Ildefonso tiene los ojos abiertos pero no ve nada. Ni siquiera se da cuenta de que ha comenzado a sangrar. Tarántula piensa en una ambulancia y en una canción de System of a Down que dice *accidents happens in the dark*, pero no sabe a qué viene eso en este

momento, cuando al único profesor al que le pidió un favor mientras estuvo en el colegio se lo concedió con agrado. Incluso le deseó suerte con su banda de rock, porque tocar bajo en una banda es complicado y hay que ser muy bueno para notarse. Tarántula ya no tiene su banda, pero se acuerda perfecto de todo eso.

Lo que viene es idea de Camello, pero bien pudo ser de cualquiera. Hay que irse. Dejarlo no más. No hay asambleas. No es la hora ni el momento. De modo que los tres enfilan hacia la esquina y desaparecen. En pocas horas más serán los funerales de Conejo y deben estar allí. Se han propuesto ayudar a trasladar el cajón desde la iglesia hasta la carroza. Irán con la vista fija al frente.

Media hora después, Tarántula llega a su departamento. Son pasadas las cuatro de la madrugada. Su mujer duerme profundamente y el único ruido posible a esa hora lo hace su gato que ha salido a recibirlo con maullidos roncós. Tarántula va a la cocina, toma el paquete con comida, lo lleva hasta la terraza y llena un cuenco. El gato come en silencio y no se entera de que su dueño recoge las llaves sobre el comedor y vuelve a salir.

En la esquina, Tarántula espera un taxi durante diez minutos. No termina de cerrar la puerta y pide que lo lleve a la comisaría, pero una cuadra antes de llegar hace que el auto se detenga, que lo deje hasta acá. Prefiere hacer el resto del trayecto a pie. Tarántula da pasos lentos, como si caminara sobre una alfombra de asfalto caliente y pegajoso. El cabo de guardia que lo recibe en la entrada se cuadra ante él con un enérgico buenos días, pero Tarántula apenas contesta el saludo y pasa directo al baño. Cuando salga, dirá que andaba por allí cerca y que no es bueno aguantarse; luego le preguntará a un cabo por las novedades del turno, por algún cogoteado, por alguna pelea de curados, y le dirán que ha sido una noche tranquila. El cabo le ofrecerá la patrulla para llevarlo hasta su departamento, pero Tarántula prefiere caminar, así estira las piernas, los músculos, los huesos y otras cosas muy buenas para la salud.